

Televisión y cultura de la violencia *

“La civilización democrática se salvará únicamente si se hace del lenguaje de la imagen una provocación a la reflexión crítica y no una invitación a la hipnosis”.

Umberto Eco

Introducción

Al proponerse esta conferencia latinoamericana —convocada por la UDUAL— el examen de la violencia, un azote que se despliega con fuerza en el mundo de hoy, para tratar de determinar la responsabilidad de los medios de comunicación ante ese fenómeno, se acertó en la elección de un tema del mayor interés científico y académico para congregar a los estudiosos de la materia en esta oportunidad.

A Colombia le correspondió la relación violencia-televisión, lo que llevó a implementar un programa de investigación de largo plazo en el que dicha cuestión se fuera asumiendo por etapas. En esta ponencia se recogen algunos de los principios postulados desarrollados hasta el momento.

Desde el comienzo de la investigación fue evidente que la relación violencia-televisión se debía inscribir necesariamente en el campo más amplio y complejo de la relación comunicación-cultura. Sólo así se hace posible un análisis detenido de la función socio-cultural

* Ponencia de la Universidad Central, en la “I Conferencia de Facultades y Escuelas de Periodismo, Comunicación Social de América Latina”, preparada por los profesores María Cristina Laverde Toscano, Constanza Chacón, Boris Bustamante y Fernando Aranguren.

desempeñada por los medios en nuestra época. Planteado en estos términos, el problema conduce al ámbito de las mediaciones donde la dinámica producción-recepción constituye el eje desde el cual se articula, con infinitas implicaciones, el discurso sobre los usos sociales de los medios y la recepción activa de mensajes. Según ello, el receptor interviene activamente en la apropiación de los mensajes y los puede adoptar o transformar para su uso y disfrute de acuerdo con sus expectativas y las del entorno social. De aquí la discrepancia de principios con aquellos enfoques que se adjudican a la televisión.

Para abordar el tema partimos de una caracterización global de nuestro contexto socio-político, donde se inscriben los medios masivos, y que va a determinar un alto grado de orientación y manejo. Se estudian a continuación los aspectos relevantes de la naturaleza y función de los *mass media* en nuestra época. Finalmente, buscando un cruce significativo de información entre estos dos temas, nos planteamos el interrogante mencionado: ¿es la televisión causa de la violencia?

Los resultados alcanzados nos permiten enfatizar, en primera instancia, que la televisión en sí misma no es causa directa de la violencia; por el contrario, mientras opera como fundamental eje de producción y circulación de mensajes de amplia resonancia cultural, ella puede alimentar un contexto de conflicto y crisis social, donde un rasgo esencial o coyuntural llegue a constituirlo el ejercicio sistemático de la violencia, pero igualmente obraría en sentido inverso; todo es cuestión de decisiones ideopolíticas inseparables de su uso y destinación socio-cultural.

LA SOCIEDAD COLOMBIANA Y EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA

Asumida como contexto en el que se debe enmarcar el objeto de esta investigación, la sociedad colombiana presenta las características e indicadores de una crisis estructural cuyos rasgos generales son bien conocidos. Un elemento de notable incidencia en tal situación crítica lo constituye la creciente ola de violencia social que sacude al país, hasta convertir ese fenómeno en referencia obligada de cualquier análisis de la vida nacional.

Ahora bien, alcanzar una comprensión suficiente de la violencia que nos acosa, demanda una ampliación del estudio hacia la dinámica del reciente proceso histórico colombiano, en el cual aquella repercute de modo diverso, con variadas expresiones, hasta configurar su actual manifestación multiforme. Resulta entonces oportuno plantearse si, a instancias de su constante reiteración y expansión, no conduce a la generación de lo que se ha dado en llamar "cultura de la violencia".

Es en el ámbito de la producción y mediación cultural donde parece apropiado el análisis de la relación violencia-televisión, pues allí se configura la interacción medios-contexto y se pueden extraer los argumentos que hagan posible un juicio de responsabilidades acerca del papel desempeñado por nuestra televisión, especialmente en cuanto se relaciona con la conformación y multiplicación del complejo problema de la violencia.

Veámos, de modo general, su comportamiento.

Desarrollo histórico de la violencia en Colombia

El trayecto recorrido por el país desde los albores del descubrimiento y la conquista hasta nuestros días, acumulando quinientos años de historia, acusa una marcada secuela de violencia en que se incluyen múltiples episodios de sangre, confrontaciones de grupos e individuos, imposiciones y confabulaciones que marcan profundamente la conciencia nacional.

La presente centuria se inicia con un conflicto bélico no resuelto: La Guerra de los Mil Días, cuya capacidad de destrucción y desgarramiento material y civil se prolongaría indistintamente en combates y luchas posteriores. El enfrentamiento persistente de partidos e ideologías y la pugna hegemónica de los propósitos puestos en juego, acaban por dominar los principales acontecimientos de ese período hasta bien entrados los años cincuenta. La línea evolutiva del problema se puede resumir así:

La primera violencia

Se desencadena por la acumulación explosiva de factores heredados desde los años 30 que, involucrados en el marco de la modernización económica y el juego de intereses para lograr el dominio regional y el ejercicio del poder, acaba por convulsionar el orden

público y provoca un real desmembramiento del Estado en muchas partes. Se sume entonces Colombia en una cruda guerra civil, cuya inmediata manifestación fue la radical lucha partidista, que movilizara miles de almas y de muertos. Las diversas contradicciones existentes en el proceso social se agudizaron al máximo.

Esta violencia alcanza su punto culminante en el "Bogotazo", episodio que desata el más feroz enfrentamiento de grupos, corrientes y partidos, hasta llegar a propiciar sendos genocidios, cuyo impacto dejaría una huella de incertidumbre y resentimiento en las generaciones posteriores. Estos serían en adelante aspectos inseparables de la conciencia y comportamiento ciudadanos ante la marcha del país.

Frente Nacional y la violencia hasta los años 70.

El Frente Nacional se concibió como un instrumento de reconciliación política para alcanzar la paz social. Pero aunque la ola de violencia descendiera cuantitativamente durante el período, emergieron expresiones de mayor radicalismo político que, pasado el tiempo, vinieron a convertirse en auténticos focos de desestabilización. En esta etapa, al concretarse los acuerdos de partido entre las dos colectividades tradicionales, se fortaleció su dominio hegemónico sobre el resto de la población.

Esto propició una inmensa concentración de beneficios en los sectores dirigentes y aumentó, a su vez, la desigualdad socio-económica y el marginamiento de vastos sectores populares. De allí provendría el divorcio entre el país político y el país real y se crearía un vacío institucional que favoreció el crecimiento de tendencias disociadoras.

La década del setenta marcó el final del Frente Nacional y *una aparente apertura del espacio político*, pero en verdad se desplegaron los conflictos latentes y alcanzaron la beligerancia necesaria para culminar en enfrentamientos armados. Así resurgieron la violencia física indiscriminada, el antagonismo de la lucha de clases, la movilización guerrillera, el pronunciamiento contestatario de los sectores populares, y una sospechosa proliferación de conductas, actitudes y valores inhibidores de la convivencia democrática.

La violencia de los años 80

Es en esta década donde se configura la actual crisis que sacude al país, al punto de poder considerarla como una de las más dramáticas que se hayan vivido durante el siglo, y cuyos efectos son aún impredecibles en su forma definitiva. Se trata de una etapa difícil donde los conflictos acumulados se suman, uno tras otro, en una especie de fatalidad histórica que nos pone al borde de la destrucción. Aquí la violencia se intensifica en orden cuantitativo y cualitativo. Irrumpen modalidades desconocidas y sus manifestaciones rayan en los límites de lo conmensurablemente humano.

Carácter multiforme de la actual violencia

La violencia de nuestros días se halla latente en todos los niveles del sistema social. Lo transita de un extremo a otro; llega a confundirse con su estructura funcional, se percibe en la vida de la nación, hace parte de la realidad inmediata del pueblo colombiano.

Pero, ¿de dónde surge ese fenómeno? De la marcha histórica recorrida, hasta crear un sistema que consagra los principios del liberalismo económico y político como condiciones marco de un desarrollo capitalista tardío y periférico, donde las contradicciones implícitas en ese modelo socio-económico se agudizan y alcanzan formas desconocidas y particularmente violentas, como ocurre en nuestro caso. Todo lo que hoy sucede en el país es inseparable de aquello que, año tras año, fue constituyendo nuestro peculiar trayecto hacia la modernidad.

Los factores así acumulados se conjugan ahora para entorpecer el funcionamiento del Estado; de forma abierta u oculta se cuestiona el modelo vigente; la violencia se atrinchera en diversos protagonistas, con ingente potencialidad destructiva. Brota tanto de la burocracia como de la delincuencia organizada, porque el delito contra el patrimonio público y la propiedad privada se comete en ambos bandos. La violencia es tan cierta en la subversión como en la acción represiva del Estado, con el agravante de que muchas veces los medios de comunicación tienden a desconocer o minimizar esta última. La violencia recorre abruptamente calles y ciudades bajo la forma de esa creciente contradicción entre la informalidad y la pobreza absoluta, frente a la riqueza ostentosa o la pompa oficial.

Nos sumimos en una confrontación sin destino donde, al estallar las reglas de juego, todo vale; se pierde el espacio del reconocimiento y se agranda el vacío de civilidad. Se conforma, en cambio, un espacio de compleja heterogeneidad que valida las diversas manifestaciones de violencia, y éstas, al superponerse y realimentarse, se multiplican indiscriminadamente por efecto de su propia inercia. Violencia de violencias, delincencial, política, organizada o espontánea, institucional, defensiva, etc.

Estas violencias coexisten y crea un espacio de disolución institucional, de negación de la sociedad civil, un estado de permanente incertidumbre, de deterioro estructural, hasta favorecer el advenimiento de una guerra sucia, triste situación de nuestra actual convivencia.

Violencia y cotidianidad

De esa multiplicación vertiginosa que ha adquirido la violencia entre nosotros, llegando a ser un fenómeno permanente y rutinario, se infiere para los colombianos una *naturaleza violenta*, como algo inseparable de nuestro ser histórico y de nuestra conciencia social. Pero, ¿es esto cierto? ¿Qué sería una cultura de la violencia?

Sería la aceptación de que hemos convertido esas prácticas de destrucción y vejación en norma cotidiana de nuestra conducta civil. Nada más alejado de la realidad, aunque sí existen agentes que, convirtiendo lo astroso y perverso en el rasgo predominante de su comportamiento público, acaban por comprometernos a todos. En tanto somos espectadores u objetos de esa violencia, quedamos atrapados en la lógica de su dominación. La violencia nos domina culturalmente y determina que nuestra actual actitud ante la vida social carezca de compromiso, vocación e *identidad democrática*. Se alimenta de nuestras vacilaciones, del presentimiento de estar perdiendo algo importante sin poder evitarlo, del presenciar impotentes la fatalidad mientras nos asalta la certeza de que las cosas podrían ser de otro modo. Por eso nos tornamos extranjeros en la patria y en el vecindario; sentimos la invasión de lo desconocido y nos embarga una pesadilla que sufrimos en silencio. Nos estremece el miedo a despertar. Nos está matando el silencio. ¿Será indiferencia o cobardía?

Ese silencio es cómplice de nuestra metódica perdición: nos condena a una orfandad civilista, que hoy constituye el más duro

obstáculo para superar en la crisis que nos agobia. Es esa orfandad la que nos produce el dolor por la patria y la "desidentificación" con sus instituciones y valores esenciales. De ahí que sea tan vulnerable a la agresión, favorecida por la indiferencia colectiva. Allí nace el escepticismo ante las opciones históricas y se impone la creencia de que aquí nada cambia. Y repetimos: ¿hasta cuándo seguiremos en las mismas?

Por la ausencia de una respuesta real, las fuerzas ciegas se apropian un protagonismo repugnante; así se legitima nuestra indiferencia ante el derrumbe físico y moral del ser humano. El aislamiento nos hace cómplices involuntarios del genocidio civil. Este desapego frente a lo colectivo, a los valores ciudadanos, abona la tierra para que germine una cultura de la violencia.

En este contexto, dada la notable incidencia de los medios masivos en la conformación de nuestro presente histórico, ¿qué responsabilidad se les puede imputar al respecto?

MODERNIZACION Y MEDIOS DE COMUNICACION

El proceso de modernización del país, adelantado en el curso de la evolución descrita, involucra la presencia de los medios de comunicación de masas, con una real incidencia en todos los órdenes de la vida nacional. Aunque su función abarca niveles económicos, políticos e ideológicos, para los fines de este estudio solo se considerarán los aspectos relacionados con su papel de *mediación cultural*. Esta referencia general será la condición marco para el abordamiento de la televisión.

Los mass-media en la sociedad contemporánea

El desmesurado crecimiento de la producción material en los países de industrialización avanzada y la consiguiente demanda de socialización de la riqueza, por el aumento y la cualificación de la participación laboral, son factores que actúan en favor del incremento de la vida colectiva alrededor de un esquema político y cultural, cuya integración y funcionalidad dependerán notablemente de la capacidad y cobertura de los mass-media. Estos se presentan como prolongaciones del poder central y reproducen información, mensajes de amplia circulación generados en los núcleos de la actividad política, económica y cultural. Esta es, no obstante su desi-

igual grado de concreción, una característica esencial de las sociedades contemporáneas.

La profunda revolución científica y tecnológica subyacente en tal crecimiento acaba por superar las formas tradicionales de subsistencia y organización social, propiciando el advenimiento de la Sociedad de Masas. En su interior los medios masivos aparecen como estratégicos pilares de su compleja y heterogénea configuración; en realidad son elementos de información de un orden, de una administración total. Se integran a todos los niveles del sistema, permean el conjunto de las actividades humanas y se convierten en factores inseparables de una nueva cotidianidad, de un nuevo espacio colectivo.

El poderío acumulado en tales países ocasiona un desarrollo desigual de pueblos y naciones que, en nuestra época se traduce en la configuración de un sistema mundial cuya organización, a partir de núcleos de poder económico y tecnológico conlleva la distinción entre *centro* y *periferia*, entre capitalismo avanzado y capitalismo tardío. La relación entre estos polos es de tipo unilateral, de manera que, en lo fundamental, la información circula en un solo sentido, y en este proceso se inscribe todo el mensaje de la transculturación.

En particular resalta la preponderancia de los Estados Unidos en todo este proceso, su posición privilegiada respecto del movimiento productivo lo convierte en elemento condicionante, determinante de la marcha global que han de seguir regiones y países sujetos a su área de influencia, que es inseparable de una "penetración de las comunicaciones y de la cultura, así como de una saturación de los mass-media". De aquí se desprende un amplio campo de dominio de las empresas norteamericanas vinculadas al mercado de las comunicaciones.

Al consolidarse allí los medios masivos como empresa de comunicación con responsabilidad estratégica, su lógica se identifica con los patrones de una sociedad de consumo. Este tipo de organización empresarial, generada desde los medios, según el modelo norteamericano, es la base para que aparezca la *industria cultural*, entendida ésta como el campo de la producción, administración y distribución de artículos culturales, destinados a satisfacer gustos y tendencias del público consumidor.

La industria cultural conlleva una orientación y desarrollo particular de los medios. Se impone la lógica del mercado, que tiende a favorecer su inclinación por lo privado en detrimento del beneficio social. Políticamente esto significa estrecho acercamiento a los núcleos de poder, lo cual los distancia muchas veces de posibilitar el juego democrático.

Culturalmente son, ante todo, productores de simbologías y mensajes que oscilan entre la esfera del consumo y de la mediación social.

América Latina es, en este horizonte, un territorio "privilegiado" para desplegar el poderío de ese modelo en todos los niveles de la comunicación masiva, hasta alcanzar sobre los medios una influencia considerable. En el caso de la televisión, el esquema definitivo se adoptará según las circunstancias correspondientes a cada país. Esto origina una marcada penetración del mercado televisivo y se amplía además a la esfera de la producción cultural. Esta presencia en la vida de los países de la región origina un fenómeno suficientemente abordado desde la teoría de la comunicación, y conduce hoy a la exploración de nuevas dimensiones, centrada en el eje de la recepción activa y el uso social del mensaje televisivo.

Los medios y la reciente historia del país

Mientras asistimos a una modernización cada vez más acelerada, que trae consigo la expansión económica y el adelanto tecnológico, en el país también se asiste al despliegue y crecimiento de los medios masivos. Esto presupone una gran capacidad de influencia y los convierte en factores claves de la vida nacional. El frecuente uso de radios y televisores en el curso de la cotidianidad ciudadana, implica una serie de cambios reconocibles en sus hábitos y tendencias expresivas. La llamada revolución del transistor en los años sesenta, la popularización del televisor en los centros urbanos y la multiplicación de diarios y revistas en el orden regional y nacional, constituyen expresiones típicas de nuestra inserción en el estadio de la comunicación masiva.

Hoy configuran una práctica, un ritual, hacen parte de un ámbito doméstico y público cuyo impacto principal en el orden socio-cultural está aún por determinarse con el rigor y profundidad requeri-

dos. Asumidos en el contexto descrito, resultan pertinentes preguntas como: ¿En qué medida los medios han sido propulsores de la dinámica social, esto es, generadores de nuevas formas de producción y organización económica? ¿Cuál ha sido su posición frente a los grandes acontecimientos ocurridos en el país? ¿Cuál ha sido su papel frente al Estado e instituciones del ordenamiento civil? ¿Se inscriben su estructura y contenidos en el que se ha identificado como industria cultural? ¿Cuál ha sido su aporte al desarrollo de la conciencia ciudadana? Estos son, entre otros, algunos de los interrogantes decisivos para juzgar el papel desempeñado por los medios durante el reciente proceso histórico colombiano. La respuesta a tales preguntas nos introduce en la relación cultura-comunicación.

Comunicación, cultura y democracia

Al resultar inseparables de la vida actual, los medios aparecen como elementos integrados a un sistema que han contribuido a desarrollar. Ellos propician el despliegue de un modelo democrático, inmerso en la búsqueda y afinación de una identidad nacional, que llegue a expresar el ser genérico de los colombianos. La consolidación de patrones institucionales en buena parte de este siglo, la educación de generaciones en determinados valores e ideales patrios, el manejo de amplios sectores de opinión pública con capacidad de decisión, son indicadores de su real incidencia.

De hecho se puede asegurar que, en alto grado, la consistencia de la nación depende del tratamiento que estos dan a las cuestiones políticas y culturales: en el país, instituciones tradicionalmente formativas de la conciencia social -en caso de la familia, la escuela y la Iglesia— hoy un tanto venidas a menos, han sido sustituidas en buena medida por la presencia de los medios, cuyos contenidos se insertan dinámicamente en la mente y cotidianidad de amplias mayorías.

Pero es ahí, precisamente, donde aparece también el lado cuestionable de su función: en muchos casos los medios se han puesto de forma exclusiva y excluyente al servicio de intereses claramente vinculados a sectores dirigentes, partidos tradicionales, órganos gremiales o grupos de presión interesados en determinados fines. Al ser esta práctica un aspecto recurrente de su uso en el país, los medios han sido o poderosos instrumentos de consolidación de

una patria formal, centrada alrededor del esquema democrático estrecho que hoy se muestra débil y sujeto a una crisis orgánica; o *instrumentos de disolución* de esa democracia restringida, cada vez más alejada de un consenso nacional. En cualquier caso, es en el contexto de aguada crisis política y cultural descrita, donde se los ha de colocar y enjuiciar.

¿Qué tipo de ámbito político y cultural es el que ellos alimentan? Una sociedad que, manteniéndose en profunda crisis, no halla aún salidas decorosas para crear un orden colectivo que valide y tolere las distintas opciones, incluyéndolas en el proceso del país, discutiéndolas a través de los medios, hasta llegar a satisfacer la demanda de representación democrática de vastos sectores sociales que aún continúan privados de ella.

Una cultura que se debate entre lo auténtico y lo artificial y sucumbe rápidamente ante la voracidad de lo efímero. En ella se integran productos de factura mercantil, desechables y fortuitos, envueltos en un sincretismo aparentemente funcional, pero poco solidario con las expectativas de búsqueda y transformación del entorno social. Una cultura que duda y oscila ante lo racional y lo instintivo, y favorece conductas perversas y actitudes indiferentes, donde se beneficia en alto grado el fantasma disociador de la conciencia nacional.

ACERCA DEL SIGNIFICADO DE NUESTRA TELEVISION

Las ideas que se exponen a continuación buscan, de una parte, sintetizar los elementos trabajados anteriormente, esto es, el problema de la violencia en la sociedad colombiana y el papel de los mass-media en una coyuntura de este tipo, y de otra parte, procurar una visión crítica de su función en torno de una cuestión tan "explosiva" como el de la responsabilidad de la televisión frente a la existencia de una cultura de la violencia en Colombia.

Estructura y función de la T.V. nacional

Nuestra televisión no se escapa a la lógica de la modernización, proceso que necesita integrar y cohesionar ideológicamente a la nación. Esta tarea ha sido *realizada* en gran parte por la televisión, dado su papel cardinal en el conjunto de las prácticas comunicati-

vas, pero resulta altamente cuestionable por la orientación que se le ha dado a su manejo. Desde sus orígenes, en la década del cincuenta, ha oscilado entre ser un elemento de expresión de la cultura nacional o un instrumento de la industria cultural, y finalmente ha llegado a imponerse esto último, con la respectiva merma de sus potencialidades.

En 1954, bajo la dictadura militar de Rojas, se introduce la televisión como una iniciativa del Estado, con la finalidad implícita de servir de instrumento de propaganda del régimen político. La caída del gobierno militar y la apertura del Frente Nacional le imponen a este medio una nueva dinámica que, en sus aspectos fundamentales, se mantiene vigente. De allí derivará el llamado "modelo mixto", en el cual se pueden diferenciar tres matices: ser propiedad estatal, servir de soporte a la expresión ideológica de los partidos tradicionales (el caso de los noticieros) y ser objeto de explotación económica por parte de la empresa privada. Este cuadro constitutivo refleja un manejo hegemónico de los sectores dirigentes, y excluye a las mayorías de un acceso participativo en el medio.

Con ello la televisión cae en la órbita problemática de mostrarse como un servicio público, puesto al servicio de intereses particulares.

De ahí que al explorar la televisión colombiana no sea difícil reconocer en ella limitaciones o defectos ya denunciados en otros países, donde el medio está sujeto a una explotación esencialmente comercial. Sea el cargo, por ejemplo, de su poder mitificador y estandarizador de conductas sociales, su eficiencia para promover patrones de consumo, la reproducción de una realidad fragmentada, la tendencia a lo espectacular, etc. Este conjunto de aspectos conduce a la formulación de inquietantes preguntas frente a nuestro modelo televisivo, entre ellas: ¿Cómo ha sido su papel respecto del proceso histórico? ¿Cuál ha sido su función en la conformación de la cultura nacional? ¿Qué imágenes del mundo y del hombre le entrega al espectador?

Si su inserción en la cotidianidad del telespectador opera en todos los planos, y es capaz de afectar —enriqueciendo o empobreciendo— al conjunto de las relaciones que el hombre guarda con el entorno material y socio-cultural. Si, de otra parte, se trata de un fenómeno que irreversiblemente se integra hoy a la mayoría absoluta

de la población (recientes estimativos indican que en los centros urbanos, donde se concentra alrededor de un 70% de la población colombiana, la televisión es un medio de uso doméstico en un 97% de los hogares); entonces es válido examinar cómo se da la correspondencia entre el orden implícito en los contenidos del medio (en su programación) y los acontecimientos, experiencias y expectativas del ambiente social. ¿Cómo se acoplan el mensaje, la cultura de televisión y la cultura nacional?

Realizando este examen habrá razones para emitir un juicio de responsabilidades sobre el papel de este medio ante la ola de violencia que recorre al país.

¿Hay una cultura de la televisión ?

Sí, y se manifiesta en los diversos contenidos de su programación. Esto es, en aquello que resuena en la mente del telespectador a través de diferentes soportes sensibles: imágenes, palabras, música y otros efectos técnico-retóricos; lo que se retiene e interioriza para convertirlo en término de convivencia, incorporándolo al diario discurrir, fijándolo en actitudes o conductas. Eso es lo que denominamos cultura de la televisión.

El espectro generado por esta cultura se confunde en muchos aspectos con el entorno inmediato del televidente y crea una curiosa sensación de continuidad existencial entre lo real concreto y lo real ficticio, una realimentación dinámica entre estas dos dimensiones. Por ello el tránsito de una u otra es casi imperceptible, instantáneo e inconsciente. Lo real se torna espectáculo, y éste deviene realidad.

¿Cómo es esa cultura?

Al examinar la programación de la televisión colombiana nos encontramos con una diversidad de espacios cuyas temáticas encajan en los géneros tradicionales: informativo, educativo y de entretenimiento. En estos espacios predominan las noticias del día y los temas de actualidad, es decir, aquello de lo que se debe poseer información para no estar fuera de contexto. El mundo es lo que nos devuelve la pantalla chica; y dada su gran capacidad para instalarse en lo cotidiano, donde es usual carecer de otras fuentes informativas, entonces la realidad social es informada por el mensaje televi-

sivo. Sus contenidos tienen un carácter redundante desde el punto de vista cultural, lo cual beneficia el contacto y refuerza las posibilidades del comercio ideológico entre producción y recepción.

Mezclados entre estos contenidos predominantes aparecen los mensajes publicitarios, con su inmensa carga referencial, a través de ellos se incorporan imágenes y textos que se esparcen en forma vertiginosa en el ritual de consumo diario y configuran diversas tipologías del gusto, del uso y del vivir rutinario.

Se trata de una serie de contenidos directamente relacionados con el bagaje cultural dominante en la esfera de la producción económica, legalmente amparada y promocionada por el Estado y la empresa privada, y divulgada masivamente a través de los canales y medios de comunicación social. Estos, como entes materiales y económicos, identifican sus intereses prioritarios con este mercado de valores simbólicos y relegan a un segundo plano sus posibilidades de servicio social.

Es una cultura que se emparenta íntimamente con el cuadro valorativo de las grandes masas urbanas que deambulan en sociedades de mercado creciente con tendencia al desarrollo de un capitalismo tardío. Cultura que, por ende, no goza de una clara autonomía en su génesis y desenvolvimiento y en la que concurren tanto la imposición y el estereotipo como lo espontáneo y coloquial, en la que se amalgaman artículos de producción en serie, de lo masivo y tecnológico, con reductos de exotismo, de lo regional y raizal de diversos contextos sociales. Se trata, pues, de una *cultura mosaico*, un espacio simbólico en el que confluyen las más diversas prácticas, usos, tendencias y actitudes valorativas, todo esto como resultado de la mezcla indiscriminada de contenidos y mensajes, que proyecta el medio televisivo en su permanente producción.

Lo que allí resalta, en primera instancia, es una especie de abigarramiento de contenidos a cual más disímiles y heterogéneos, pero involucrados por efecto de una lógica implacable: la del mercado de lo simbólico, la del consumo cultural. Una cultura, pues, que responde más a los imperativos de esa lógica de mercado antes que a las características estructurales de la producción social, material y espiritual del pueblo colombiano. Una cultura con la que se convive de tiempo atrás porque es promovida por diversos medios y canales institucionales y privados; superpuesta o mezclada con la propia producción cultural de las amplias masas; de lo que resulta

una mezcla a veces explosiva, muchas veces violenta, impositiva; otras, imperceptible, adormecedora; una cultura que se integra a un gran complejo simbólico donde no es fácil descubrir un orden y un sentido explícitos.

Televisión y cultura de la violencia

¿Cómo relacionar esa cultura de televisión con nuestra realidad cultural?

Por la empatía del medio con el público, que se logra difundiendo mensajes asimilables a lo colectivo, de modo que el contacto con la televisión conllevaría "participar" de una cultura nacional. Alcanzada la integración medio-telespectador, ¿qué se desprende de ello?

Que aquel promueve lo que en sentido convencional constituye el patrimonio de la "cultura colombiana", siendo evidente con eso la exclusión de varias formas de expresividad regional y nacional. Tal desmedro le resta a la televisión posibilidades de ser auténtico mediador de la vida democrática. Por esto la imagen cultural que del país nos devuelve el medio, es tan nítida e imprecisa como verdadera y aparente; nos muestra y nos oculta; no se puede desconocer lo que allí aparece, pero eso no es todo, y no aparece lo que sí reconocemos como aspecto esencial del todo. Es innegable que nos proyecta bajo la circunstancia de nuestra elementalidad e intrascendencia, y esa es, en gran medida, condición de nuestra actual existencia colectiva. Toda la crítica positiva a la televisión colombiana destaca la precariedad de su ser frente a un deber ser que la liberaría de esa paradoja. En tanto la cultura de televisión no es el espacio de la distinción afirmativa de la nacionalidad, se asocia con las fuerzas disociadoras que nos reinstalan de modo permanente en este laberinto ciego. Se comprueba así el divorcio entre nuestro presente y el proyecto histórico de la nación.

Al estar comprometida con la impronta cultural dominante, y ser ésta penetrada por una cultura de la violencia, la televisión participa de ese fenómeno social. Lo cual no equivale a ser causa de aquella; por el contrario, la violencia materializada por diversos agentes y finalidades, al convertirse en algo común entre nosotros alimenta una actitud negativa, que se traduce en la mentalidad social que la acepta como término de convivencia. A esto llamamos, en principio, la cultura de la violencia.

Ahora bien, esa cultura se nutre: por la obstinación ideopolítica que se resiste a transigir, la apatía ciudadana que mengua lo institucional y beneficia el más crudo individualismo, la reiterada parcialidad de los medios —aquí, la televisión— que, instalados en un polo del debate, articulan un discurso que distorsiona y oscurece las raíces del conflicto. En verdad, por su amplia injerencia social, que le permite formar opinión, informar de política, orden público y realidad mundana, auspiciar la lógica del consumo indiscriminado, fortalecer un imaginario colectivo concentrado en lo efímero y lo elemental, la televisión se convierte en factor clave frente a ese fenómeno.

El mensaje televisivo deviene juez y parte de un proceso que nos involucra a todos y con ellos se hace evidente su carencia de autonomía, lo que entorpece su auténtica tarea: ser agente de expresión de la cultura nacional. Su función es disociadora y no ordenadora, cuando el discurso se orienta por la exclusión e intolerancia, su función oxigenadora desaparece cuando el ciclo de programación se torna redundante y simplificador. Su función transformadora agoniza cuando renuncia a la crítica para acoger solo una versión de los hechos.

Al optar por los principios de la rentabilidad económica y acomodarse con el sistema ideopolítico que protege su estatus empresarial, subordina sus objetivos trascendentales de un universo cuyas notas constitutivas son: la inmediatez y la circularidad reiterada, la variedad y no la variación, el estereotipo y no la representación espontánea, etc. De esta manera, la televisión no solo se integra al escenario de la cultura nacional sino también al de la cultura de la violencia, pues en ella no hay nada esencialmente distinto de lo que hay en el entorno social que la alimenta: tan violenta como la sociedad colombiana, sumida en una anarquía ordenada o en un orden anárquico, ella es tan ordenada o anárquica como nosotros.

Lo que aparece en la pantalla chica es a veces indescifrable en su razón de ser, como lo es, en ocasiones, lo que ocurre en la realidad nacional. Tan absurdos son algunos de sus contenidos, programas y personajes, como absurdos son agentes y episodios desestabilizadores de la vida del país. Pero también son válidos ciertos espacios y figuras como lo son entes y procesos reales en el contexto de la nación. Se alcanza así un difícil equilibrio entre medio y sociedad, por momentos estable o precario; en principio inexplicable, pero, en definitiva, aprehensible y necesitado del análisis científico.

Es preciso entonces superar el simplismo y la superficialidad en el estudio de la compleja problemática de la comunicación masiva. Y hacerlo con la de la televisión es imperativo.

Es indispensable conocer rigurosamente los fenómenos que se generan en el *proceso comunicativo* dentro del cual la televisión actúa como elemento mediador de la cultura. En el caso colombiano pareciera enrumbarse hacia una cultura de violencia. Acerquémonos científicamente al proceso total; en su dinámica, analicemos el espacio de los *usos* sociales que los diversos destinatarios hacen de los mensajes emitidos desde un medio como la televisión, pleno de potencialidades.

Sólo conociéndola, podremos convertirla en alternativa, al servicio de la democracia real que debe responder a esa paz anhelada por el campesino, el obrero, el empleado, el dirigente, el intelectual, el anciano y el niño.

El camino de la investigación juiciosa proporcionará herramientas que permitirán determinar políticas gubernamentales que hagan congruentes la relación entre la televisión, la cultura y el mundo en los cuales se inscriben sus destinatarios. A su vez, proporcionará directrices para una programación comprometida e interesada en la reconstrucción de un país al cual todos nos debemos.

Es imprescindible, finalmente, sopesar el compromiso de quienes, desde una u otra perspectiva, tenemos el reto de “manejar” el curso de la comunicación masiva. A ésta y a nosotros, cabe también la responsabilidad insoslayable de un mundo mejor. . .